

DIVERSAS jerarquías de la Iglesia española han señalado la actitud eclesial ante el momento político español. Independencia de la Iglesia ante la política, abstención de militancia partidista, no vinculación a partidos y, por lo mismo, a programas, parecen ser las consignas de los responsables del pueblo de Dios en estos días en que estrenamos el juego democrático. Es un error. Del que desgraciadamente pronto tendrá que arrepentirse la Iglesia.

Declarar la independencia de la Iglesia frente a la política carece de todo sentido porque una y otra no pueden ser independientes. La política condicionará a la Iglesia y la Iglesia a la política por muchas declaraciones que una y otra hagan. Ambas actúan sobre los mismos hombres y afectan con su doctrina a los mismos temas en no pocas ocasiones. El matrimonio, la enseñanza, la libertad del culto, los derechos y deberes de los ciudadanos, el aborto, la moralidad pública, la propiedad, son sólo algunos objetos de las comunes preocupaciones de la Iglesia y del Estado. Hablar de independencia es engañarse y engañarnos.

Subyace en esta postura una actitud irenista muy propia de nuestros días pero que no por ello deja de ser falsa. Piensan algunos que si la Iglesia no dice nada de política, gane el que gane no se meterá con ella. Y evidentemente no será así. Porque la victoria de algunos parti-

PARTIDOS CATOLICOS

dos supondrá la implantación del divorcio, la legalización del aborto, la enseñanza laica obligatoria, o incluso la persecución, la cárcel y el martirio.

Por ello la Iglesia, que tiene una doctrina social, debe apoyar a todos aquellos que postulen esa doctrina y tiene que advertir a los católicos contra los que, desde la derecha, la izquierda o el centro, propongan lo que es contrario a la ley de Dios.

Y por eso los católicos tienen la obligación de dar su voto a aquellos partidos que, una vez en el poder, no se opondrán a la doctrina de la Iglesia sino que procurarán en la medida de lo posible una sociedad conforme a la voluntad de Dios.

De ahí no sólo la conveniencia sino la necesidad de que haya partidos católicos en los que, quienes tienen la fe de Cristo, deben militar. No es el nombre lo sustancial de estos partidos sino el programa. Porque hay partidos con nombre cristiano cuya actitud es más que dudosa y otros en cuya denominación no aparece la confesionalidad y que sin embargo son plenamente católicos. La mera apariencia externa no sirve de garantía y el católico tiene el deber, si no quiere verse expuesto a desagradables sor-

presas, de profundizar en un análisis antes de depositar votos y confianzas.

Tendrían razón los altos dignatarios eclesiásticos que postulan esa independencia si nos encontráramos sólo ante varios partidos que, dentro de sus propias peculiaridades, aceptaran todos ellos la doctrina de la Iglesia. En ese caso sería un abuso de la Iglesia el apoyo a uno de ellos en menoscabo de los demás pues el católico puede lícitamente preferir a cualquiera de los que estén en esa situación. Pero no es eso lo que ocurre en España donde opciones repetidamente condenadas por la Iglesia han salido a la palestra reclamando el voto no sólo de sus afines sino también de los católicos. Y ante ello no es lícito el silencio de la Iglesia.

No se trata ahora de convocar a una guerra de religión ni muchísimo menos. Pero sí de que los católicos tomen conciencia de que están en juego cosas demasiado importantes para ellos y para España. Que los padres no puedan enviar a sus hijos a la escuela que consideren más conforme a sus creencias, que la blasfemia y la inmoralidad se adueñen de la calle por la que tienen que circular necesariamente sus hijos, que las doctrinas más hete-

rodoxas y disolventes les sean enseñadas sin que exista la menor posibilidad práctica de resistirlas, que el asesinato institucionalizado en el aborto sea propuesto como un logro de la civilización, etc. etc., es algo a lo que estamos expuestos en plazo muy breve si no hay partidos católicos organizados y fuertes que asuman en sus programas políticos la doctrina de la Iglesia.

Y desde esta perspectiva una mínima advertencia a Alianza Popular donde tengo muchos y buenos amigos cuyo sentir católico me consta está fuera de toda duda. No pocos católicos se han sentido preocupados ante ciertas actitudes del partido conservador. La postura providorcionista de Reforma Democrática que, aunque no asumida después por la Alianza, ha suscitado resquemores y recelos, la declaración, esta sí de la Alianza, de aconfesionalidad, cierta falta de énfasis en la afirmación de postulados irrenunciables para muchas conciencias católicas restarán fuerzas, pactos y coaliciones que en su momento pueden ser precisos para una victoria electoral.

La clientela de Alianza, y esto es evidente para propios y extraños, está en el catolicismo español. Ese catolicismo socio-

lógico tan denostado pero que existe en los campos y en las ciudades de España y que no quiere la revolución marxista. Pues bien, a esa base no le disgustaría una más neta afirmación de la doctrina católica. No perdería por ello ni un voto. Y en cambio ganaría los de aquellos que hoy dudan, y no ciertamente sin motivo alguno, sobre si el triunfo de Alianza Popular será un bien para el catolicismo español. Y no un mal menor o, si se quiere, incluso el menor de los males.

Porque la aconfesionalidad de Alianza va a ser una barrera muy difícil o acaso imposible de saltar para algunos católicos. Al menos, sin matizaciones que a mi entender no se han producido. Nada habría que objetarle si con ella se quiere expresar la sana independencia del poder civil frente al eclesiástico y la tajante y necesaria afirmación de que el Estado se gobierna desde el Estado y no desde la nunciatura, la Conferencia episcopal, las homilias subversivas o las ikastolas. Pero si en vez de esto supone que la doctrina de Cristo no ha de inspirar a gobernantes y legisladores de Alianza Popular, que la religión católica no será para ellos y para la nación española el mayor timbre de orgullo de su historia y de su mañana, el *non possumus* de los católicos más conscientes estará más que justificado.

Francisco José FERNANDEZ
DE LA CIGONA